

HUMANISMO VASCO (*Aspectos*)

José Miguel de BARANDIARÁN

Una de las categorías de la cultura es el *humanismo*. Este término ha sido utilizado para designar diversos movimientos. En ciertos casos se emplea para significar el cultivo de las letras humanas; en otros, para denotar la doctrina renacentista de la revalorización de las letras y de las artes grecolatinas. Pero, en un sentido más amplio, el humanismo es la actitud del hombre frente a los problemas característicamente humanos. Y en este sentido es en el que vamos a emplear la palabra humanismo en esta breve disertación. O sea: la actitud del hombre frente a los problemas fundamentales humanos, que en vascuence recibe el nombre de *Guizabide*.

¿Cuáles son los problemas a que aludimos? Las cosas que vemos en torno, sin fijar reflexivamente nuestra atención en ellas, no nos descubren su íntima realidad, ni apenas nos plantean en general problemas acuciantes; pero hay casos en los que uno se aleja, en cierto modo, del mundo que le rodea, o que un acontecimiento insólito o inesperado le hace entrar dentro de sí en la soledad de su interior. Y allí, en aquel retiro de su mente, aparecen, como inscritas en el fondo, estas apremiantes preguntas: ¿qué soy yo?, ¿para qué?, ¿cuál es mi destino?, ¿qué es el mundo?, ¿qué es la muerte? Así descubre el hombre, formulados, los problemas más fundamentales y, desde luego, característicamente humanos. Porque sólo el hombre, entre las cosas que conocemos en el mundo, es capaz de plantearse esos problemas.

Tales preguntas, a veces diluidas en relatos legendarios, han preocupado a los hombres de todos los tiempos, sobre todo a aquellos para quienes vivir no es un simple aceptar la vida, sino hacer, andar, encaminando sus pasos hacia un destino que ha sido previsto.

Un destino, un porvenir presentido. He ahí algo que actúa y gravita sobre cada uno, orientando y modelando en cierto modo su presente. Quiere decir que el futuro tiene mucho que hacer con la historia presente. No está lo presente determinado solamente en los factores pasados. Piénsese cuán diferentes serían nuestra cultura y nuestro comportamiento, si ignoráramos que hemos de morir, o si creyéramos que esta vida es inacabable. La historia presente sería muy otra.

Los problemas cardinales que hemos formulado se hallan presentes en la vida tradicional de nuestro pueblo y, con ellos, sus correspondientes soluciones. Forman éstas un programa general de la vida y una suerte de entramado o estructura coherente, apreciativamente la más seria de la cultura vasca.

Tales soluciones son expresadas en diversas formas: mediante el comportamiento desde luego, pero también mediante relatos legendarios y mediante frases que se pronuncian en momentos de angustia, como ésta: *Ez gera gure baitan, beste baten baitan baino* «no existimos, no dependemos de nosotros, sino de otro». Y ese Otro es anterior a nosotros, y nos trasciende infinitamente a todos. Así el hombre aparece ligado primariamente a Dios. Y es en El en quien el vasco, anclado en la tradición de su pueblo, ha visto su principio y su referencia final. Si a El vamos, si El es nuestro fin, a El debemos respetar, a El amar y amar a cuantos El ama. El amor está en la base de nuestro humanismo, es el aglutinante de nuestra convivencia. Esto viene a perfilar la conciencia privada y pública, orienta las conductas y tiene su expresión en el uso de símbolos religiosos, también en el de las plegarias, en ceremonias litúrgicas de todos los días, sobre todo de los domingos y otras fiestas, en romerías y peregrinaciones, en asociaciones religiosas, en multitud de iglesias y lugares de culto dispersos por todo el ámbito de nuestro país y frecuentemente utilizados por muchedumbres de fieles, hasta hace una quincena de años cuando menos, época en que toda la textura de lo tradicional empieza a cuartearse profundamente.

Como secuela de la concepción de Dios y del destino humano,

aparece un código moral y una conciencia privada y pública que propone a uno el control interior de su conducta y una minuciosa organización de asistencia mutua en nuestra casa, en nuestra parentela, en nuestras vecindades y en nuestros pueblos. Vive cada uno como inmerso en una atmósfera de confianza que le viene de considerarse integrado en un proceso vital que se prolongará eternamente tras las penas y penumbras de esta fase temporal. Por eso acepta la muerte confortado por la esperanza de que va a salir a una vida mejor. Este es un esquema general, si bien sus trazos, en la práctica del hombre, vivero de tendencias, no siempre son líneas rectas, sino curvas y quebradas. Tales son algunos de los rasgos del humanismo de la población vasca, que aparecen hoy todavía como heredados de nuestros antepasados. Huellas de tales rasgos hallamos en diversas fases del proceso histórico del pueblo vasco.

Se han realizado ensayos por describir la vida de los hombres que han habitado Vasconia desde los tiempos prehistóricos, y descubrir en ella algunas reminiscencias de humanismo. Nosotros mismos hemos dado algunos pasos en este empeño, aunque la fortuna no nos ha acompañado generalmente en la medida de nuestros deseos. Es que el humanismo —la religión y los comportamientos éticos y las concepciones que forman su base— no es algo directamente tangible o visible, ni se conserva fosilizado, como ciertos objetos materiales: y por eso es difícil reconocerlo en las excavaciones. Por otra parte, el material que el arqueólogo pone al descubierto no es la realidad auténtica de un comportamiento o de una vivencia; es tan sólo un signo o un símbolo que nos remite a algo que está ausente, a una subjetividad diferente de la del observador. Con todo, el análisis puede, en ese cúmulo de datos polivalentes que aporta el arqueólogo, descubrir algo de las citadas categorías y aún barruntar su tectónica original.

Empecemos por citar a los habitantes más antiguos que conocemos de nuestro país, a los que anduvieron aquí hace 50.000 años, para decir que, si bien vivían de la caza, nada sabemos con certeza acerca de su vida social y de su concepción del mundo y del hombre, ni de cómo se orientaba en la búsqueda de una solución a los problemas característicamente humanos que hemos señalado, si acaso tales problemas estaban perfilados en su mente.

Los vestigios procedentes de Axlór, de Lezetxiki, de Isturitz

y de Olha revelan, sin embargo, una técnica no del todo rudimentaria. En los sitios habitados por aquellos hombres —tipo *Homoprimigenius* o Paleoántropo—, se han encontrado numerosos huesos de animales, muchos de los cuales tienen marcas hechas con instrumentos cortantes; huesos de animales que sirvieron de alimento al hombre. Pero, además de los restos de comida, dejaron otras huellas de su actividad: huellas de fuego, fondos de hogares, huesos calcinados y centenares y miles de instrumentos tallados en piedra dura, de los que unos podrían servir para cazar animales, otros para labrar palos y huesos, otros para cortar la carne, etc...

En resumen: la caza como medio de vida; diversas clases de instrumentos de piedra, utilización del fuego, vida social o de vecindad, trabajo en equipo y lenguaje. Este hombre se nos presenta como creador de cultura y resueltamente progresivo. Ahora, cabe preguntar si nuestro paleoántropo orientaba su conducta hacia un ideal que trascendiera la pura necesidad de alimentarse, abrigarse y defenderse. ¿Tenía preocupaciones que rebasaran la vida vegetativa, o que asegurasen la integración del hombre en un mundo trascendente? Nada podríamos asegurar.

Existen, sin embargo, ciertos hechos que permiten una conjetura favorable a su interpretación como símbolos religiosos. El uso del ocre y de ciertos objetos insólitos (piezas de galena y de plomo de Lezsetxiki), de cristales de roca (en Axló y en la cueva de Lezsetxiki) y la inhumación de cadáveres en regiones periféricas del país vasco (en Moustier, La Ferrassie, Chapelle-aux-Saints), provistos de ocre y de diversos útiles, parecen manifestaciones de un sentimiento o designio que trasciende las preocupaciones técnicas, signos de una superestructura religiosa de la vida. No hay que olvidar, por otra parte, que tales usos llegaron a los tiempos históricos y aún a nuestros días como símbolos de un pensamiento religioso. Serían, por lo tanto, un indicio de la vida religiosa de nuestros más antiguos antepasados; pero indicio todavía con una aureola puramente conjetural.

El segundo momento importante en el proceso de la vida del hombre prehistórico en nuestro país es el Paleolítico superior, entre los 30.000 y los 9.000 años antes de Jesucristo: es la era del hombre de Cro-Magnon. Su género de vida difería poco del de *Homo primigenius* o Paleoántropo; pero su técnica era más avanzada.

Como en el período precedente, existen también aquí objetos que parecen símbolos religiosos, como ocre, cristal de roca y otros minerales, dientes y mariscos perforados, silbos de hueso, e inhumación de cadáveres provistos de objetos personales, etc. Nos hallamos quizá en presencia de testimonios de un comportamiento del sentido trascendente; pero testimonios que no pueden ser considerados como traducción aquilatada de un pensamiento religioso.

Existen, sin embargo, en este tiempo otras manifestaciones que no tienen precedentes en épocas anteriores: las figuraciones gráficas, es decir, figuras de animales y de diversos signos grabados en objetos de piedra, de hueso y de cuerno, y figuras pintadas y grabadas en muros del interior de diversas cavernas, como son, por ejemplo, las de Venta de Laperra, Arenaza, Santimamiñe, Goikolau, Ekain, Altxerri, Alkerdi, Isturitz, Sasixiloga, Etxeberri, en el País Vasco. Formando conjuntos sistemáticamente ordenados en parajes lejanos de las cavernas, parecen responder a unas mismas concepciones o que se hallan ligadas entre sí en un mismo fondo ideológico.

En este último caso, es más probable que se trate de símbolos, quizá de fórmulas de plegarias, tal vez de ideogramas y posiblemente de representaciones de genios subterráneos a los que se rendía culto, lo cual —y esto es muy importante— tiene sus paradigmas en las creencias y mitos que la tradición hizo llegar hasta nosotros en el País Vasco.

Otro momento muy destacado en el proceso histórico de la población de nuestro país es el período Megalítico. Empezando desde el Neolítico final (tercer milenio antes de Cristo) hasta la Edad del Hierro, eran hombres que se dedicaban principalmente a la ganadería. El aspecto más visible de su cultura son sus construcciones, con centenares de dólmenes anteriores a la Edad del Hierro, y centenares de cromlechs de esta última edad, dispersos en todo el país.

El dolmen, sepultura cuyo eje mayor está orientado de Este a Oeste aproximadamente, con los cadáveres depositados de suerte que la cabeza esté del lado de Occidente y los pies del de Oriente, nos recuerda creencias y cultos solares, así como también el culto de antepasados.

Este último —el culto de antepasados— aparece confirmado por los objetos —amuletos, armas y vasijas— que acompañan

a los allí inhumados. También por los fuegos que sus devotos les encendían junto a la cámara sepulcral, las estelas de piedra y las figurillas femeninas de hueso del dolmen de San Martín, el surco artificial que ostentan las cubiertas de los dólmenes de Olaberta (en Aralar) y de Ezquiregui en Ardaiz, etc. Con todo, no conocemos más que en penumbra la actitud mental de aquellos hombres y la significación de estos hechos. Tan sólo sabemos que tales usos entraron en la historia e incluso llegaron hasta nuestros días con un sentido religioso y en estrecha relación con el reconocimiento de un Ser o de muchos que trascienden tanto al hombre como al mundo que a la sazón era conocido.

Momento importante en la vida del pueblo vasco es la época romana. En este tiempo los vascos continuaban su antiguo modo de vida ganadera; pero la agricultura, que en algunas regiones se había introducido antes, llegó ahora a alcanzar un mayor desarrollo y extensión en nuestro país.

Existen numerosas inscripciones de la época en las que aparecen mencionadas varias divinidades locales, genios del lugar, de fuentes, de montes y de árboles. Tales son, por ejemplo, *Tulonio* en Alegría de Dulanci, *Ubarna* (Cabriana), *Baelisto* (Angostina), *Uxeas* (Laguardia), *Sandao...* *Vimburo* (Arceniega), *Selatsa* (Estella), *Loxa* (Arguinariz), *Lakubegi* (Ujué), *Ulbelteso* (Anderregui), *Herauskoritsehe* (Santa Magdalena de Arkane), *Ninfas de Iturcharán* (Araya), y diversas divinidades del panteón romano, todas dentro de los límites de la Vasconia actual. Más allá de la Vasconia actual, pero en la Vasconia de aquella época, en las lápidas o monumentos hallados en los Pirineos centrales, figuran las divinidades *Ari*, *Ilixo*, *Baigorixo*, *Ilurberixo*, *Leheren*, *Ilurbe*, *Lurgorr*, etc., que parecen ser de prosapia vasca. Son númenes de lugares o tópicos casi todos. De las figuras y nombres asociados a los de tales divinidades en los monumentos, conocemos que ciertos árboles, toros, jabalíes, serpientes, palomas, gallos, el sol, la luna, svástica, etc., eran elementos, divinidades quiza, importantes.

De los datos precedentes, de las creencias y ritos que nos quedan de aquella época, hemos llegado a convencernos de que, a la sazón, la concepción del mundo y del hombre se hallaba dominada por una suerte de animismo que consistía en considerar animados los seres y fenómenos naturales, en asignarles

los atributos de la divinidad y en rendirles culto. Esto respondía sin duda no sólo a la tendencia general a sustituir las realidades por los signos y símbolos que originalmente las representaban, sino también a viejas interpretaciones, a mitos indígenas de larga tradición, así como a diversos factores históricos, entre los cuales cabe señalar los contactos habidos durante milenios entre nuestro pueblo y varios grupos periféricos indo-europeos. Al mencionar los mitos, aludo ante todo a relatos populares que han hecho llegar hasta nosotros el recuerdo de genios o númenes de las regiones subterráneas, de los que movilizan nubes tempestuosas, etc. En medio de aquel ambiente de animismo y de magia hizo su aparición el Cristianismo, que tenía otra visión del hombre y del mundo. Para el cristiano el mundo es un todo ordenado con arreglo a un plan, y hecho para actuar conforme a leyes y fórmulas fijas, que hacen posible la ciencia natural. En cambio, el hombre, aunque inserto en el mundo físico, es un ser dotado de libre albedrío, un agente creador de fenómenos imprevisibles, y muchas veces elemento perturbador en el ordenado quehacer del universo en marcha. Ese hombre, sin embargo, no llegó a su existencia por su decisión. Si el hombre no es de sí mismo, es que entonces se le plantea el problema de cuál es su misión en esta vida. Si no da solución a este problema, no sabe dar sentido a su quehacer en este mundo.

La nueva religión no rechazaba la antigua creencia y reconocimiento de un ser trascendente, Dios, origen y razón de ser de cuanto existe, antes la reforzó, señalando, además, al hombre su destino y su misión en esta vida. Proponía, pues, un camino a seguir, a la vista de un modelo concreto, Jesucristo. Presentaba una solución clara y tajante a los problemas característicamente humanos.

El Cristianismo fue aceptado aquí y practicado después durante siglos hasta nuestros días. Ha sido la más coherente estructura y el andamiaje primario de la vida privada y social de los vascos. No quiere decir esto que en todo tiempo se ha comportado el vasco fielmente con los principios cristianos. El hombre es un ser muy complejo; no es sólo razón y voluntad libre. El hombre tiene apetencias, el hombre vive en el Cosmos, y, lo mismo que los cuerpos materiales, tiene su peso y tiene su inercia; pero también es vegetal, tiene vida vegetativa y, por lo tanto, tiene las exigencias de la vida vegetativa. Del mismo modo

también, es animal y tiene exigencias de la vida animal. Por eso he dicho que el hombre es muy complejo y, precisamente porque es complejo, cada apetencia trata siempre de enseñorearse de todo y hacer que las demás apetencias y las demás facultades entren en su órbita y se pongan a su servicio. Por eso se halla el hombre expuesto siempre a caer, aun cuando su razón o la revelación le propongan un programa de vida conforme a su destino.

Y ahora, en nuestros días, ¿qué? Es explicable que el Cristianismo, o mejor, los símbolos cristianos, factores de primera magnitud, durante siglos en la vida de nuestro pueblo, empezaran en manos de los hombres a ser lastrados y cargados con la misma carga o con la misma ganga de signo mágico y animista y de muchos intereses profanos que, en nombre de Cristo y de sus enseñanzas, fueron condenados en otro tiempo. Es ahora cuando el vasco —algunos vascos—, ante quien se presentan nuevas opciones, ha empezado a colocar en el centro de su campo de visión lo que hasta ahora estaba orillado en zonas marginadas de su paisaje mental y a desligarse del ideal cristiano y a dejarlo marginado en su mundo de representaciones.

A esto contribuyen indudablemente los nuevos factores que entran en juego en la vida social contemporánea. Antes, medio siglo atrás, los modos de vida usuales se desenvolvían todavía en gran medida en íntima unión con los agentes naturales, considerados por tradición como instrumentos de Dios. Una religión, una ética, cuyo conocimiento y práctica se adquirían primero en el hogar, en los quehaceres de todos los días, y después en la iglesia. Así venía perfilada la figura de vida de la población vasca y una anticipación ideal de su destino. De entonces acá —ya lo dije en otra ocasión— (1) se ha producido un viraje total en los modos de vida. La técnica y la industria atraen hoy las actividades de la mayor parte de los hombres. Cada uno de éstos se agrupa con individuos de diversas procedencias y de hábitos, lengua e ideologías diferentes. El taller, el sindicato, el seguro, la empresa, los problemas laborales, la prensa periódica, el cine, la radio, la televisión, los deportes, las salas de fiestas, forman el interés del día y acaparan las conversaciones. No queda tiempo ni lugar para otra cosa. Todos o casi todos viven en un

(1) Prólogo del libro de Juan de Arín: *Clero y religiosos de Ataña*. Vitoria 1964.

mundo artificial, porque entre el hombre y la naturaleza se ha interpuesto la máquina y mil suerte de artilugios y asociaciones proteicas. Esta confluencia siempre cambiante de diversas culturas o atropellada fusión de elementos dispares, llegados de todos los confines del orbe, va suplantando a la tradición.

Lo tradicional tenía una textura organizada que ahora se agrieta. Lo actual es un amontonamiento de materiales heterogéneos en gran movimiento. Los intentos de organización le llegan tarde; le van en zaga sin alcanzarle en su carrera. Si antes los agentes naturales evocaban en el hombre el recuerdo de Dios, la máquina, que ahora le sustituye, carece de ese lenguaje, no ciertamente por ser una máquina (no es culpa suya), sino porque en ella no se ha hecho todavía una grabación adecuada; no la han hecho los que debían haberla hecho.

Por otra parte, la dispersión geográfica, económica y social de los componentes de cada hogar, colocados en encrucijadas de incontables influencias, cuarteando la casa, esa antigua institución familiar. La lengua nativa se pierde en muchas zonas. Las viejas categorías y estereotipos han sido olvidados. La justicia y la honradez en las relaciones entre vecinos son débiles residuos de vigencias pasadas que se descalabran o se escabullen de modo antes inusitado, ante el lucro, o ante un gesto del compañero adinerado. Hay desarraigados en gran número, inmigrantes gallegos, castellanos, extremeños, andaluces, etc., venidos de fuera; más numerosos son los desarraigados que se están produciendo entre los mismos nativos, que van perdiendo todas las vigencias que formaban el entramado de su tectónica cultural y entran a flotar como leves aristas en el torbellino del mundo.

Así se forma entre nosotros, como en otras partes, desde luego, una masa cada vez más voluminosa de extrovertidos y, por lo tanto, de alienados. Y el auténtico humanismo vasco, elemento primordial de la cultura de nuestro pueblo, se halla en crisis.

Hemos visto cómo muchos vascos y hasta grupos que basaron en la idea de Dios su organización y su plan de una nacionalidad y en El fundaron los valores de una civilización, siendo consecuentes con la historia de su pueblo, no han tenido ahora valor para continuar manteniéndose firmes en su postura de antaño, sucumbiendo en la vorágine de concepciones y de consignas exóticas que nos llegan de los cuatro puntos cardinales. ¿Cuál será

para éstos en adelante el supremo punto de referencia en la programación de su vida y de la del pueblo vasco? Probablemente «la autonomía y la grandeza de nuestra nación», lo que sería un gran ideal como *fin próximo*, pero un *tótem* como *fin supremo del hombre*; quizá «el logro de riquezas»; tal vez lo que consignó Asurbanipal, rey de Asiria, que hace 2.700 años mandó poner en los caminos de su reino esta inscripción: «Pasajero, oye el consejo de Sardanápalo, fundador de ciudades: come, bebe, goza, lo demás es nada».

No todos van, naturalmente, por ese camino. Hay quienes desean conocer el alma vasca, lograr una representación de las constantes básicas de nuestra civilización, tener conciencia de su trayectoria multisecular y, lejos de traicionar a ésta, facilitar su continuidad y colaborar en su desarrollo.

Tales son algunos de los rasgos de las concepciones humanísticas de los vascos, que hemos intentado apuntar en rápida ojeada.

He dicho.

PREHISTORIA DEL PAIS VASCO

Jesús ALTUNA

I. Historiografía de los trabajos realizados

Cuando se planeó este Curso pensé destinar las dos primeras lecciones, de las cuatro que se me han encargado, a la historiografía de las investigaciones prehistóricas vascas, es decir, a hacer una historia de los trabajos que aquí se han realizado en Prehistoria. Pero a la hora de preparar las lecciones me ha parecido que era mejor abreviar esta parte historiográfica y destinar más tiempo a los resultados que esas investigaciones han dado. En un principio, estos resultados hubieran sido expuestos en las dos últimas lecciones; pero esto me parecía excesivamente breve, para una tan larga historia primitiva como la nuestra. Por otra parte, la exposición historiográfica es algo más pesada que el narrar la historia de nuestros antepasados, desde el comienzo hasta la romanización. Por eso he estructurado las lecciones de manera distinta. En la 1.^a parte de la primera lección hablaré, en forma de breve bosquejo histórico, acerca de las investigaciones que se han hecho en el campo de la Prehistoria vasca. Pero, en la segunda parte, hablaré ya del medio ambiente en el cual se desarrolló nuestro acontecer prehistórico. De esta manera en la segunda lección de hoy puedo comenzar a hablar ya del hombre primitivo vasco.

Los estudios prehistóricos, que nacieron hace unos 150 años principalmente de los trabajos de Boucher de Perthes, han ido